

II

LO ESCRITO EN EL LIBRO DE ELLA

Aquel don Juan de parada
pone, para enternecerme,
los ojos como quien duerme:
cree el muy necio que me agrada.
¡Qué osadía en la mirada!
¡Qué modos tan importunos!
Me voy, me voy; hay algunos
que, amantes dignos de algunas,
creen que todas somos unas
porque ellos todos son unos.

CXXIII

EL AMOR Y EL INTERÉS

Sentía envidia y pesar
una niña que veía
que su abuela se ponía
en la garganta un collar.
—¡Necia!—la abuela exclamó.—
¿Por qué me envidias así?
Este collar irá á ti
después que me muera yo.—

Mas la niña, que aun no vela
con la ficción la codicia,
le pregunta sin malicia:
—Y ¿morirás pronto, abuela?

CXXIV

LO QUE SE PIENSA AL MORIR

I

Cree la vulgar opinión
que el alma de un moribundo
piensa, más que en este mundo,
en Dios y en la salvación.
Oye, Leonor, la canción
que hirió el pensamiento mío
al son del eco sombrío
de mi funeral campana:
—«CUCÚ, cantaba la rana,
CUCÚ, debajo del río.»

II

Partiste, y del sentimiento
en cama enfermo caí,
y cuando á exhalar por ti
iba ya mi último aliento,
embargó mi pensamiento,
en vez de tu amor y el mío,
este cantar tan vacío
que oí de niño á mi hermana:
—«CUCÚ, cantaba la rana,
CUCÚ, debajo del río.»

III

Y como todo el que olvida
es de salud un dechado,
después que te hube olvidado
volví otra vez á la vida.
Aun vivo muerto, querida,
pensando con hondo hastío
que tú, en vez del canto mío,
oirás, al morir, mañana:
—«CUCÚ, cantaba la rana,
CUCÚ, debajo del río.»

IV

¿A qué tan grande inquietud
para llenar la memoria
de tantos sueños de gloria,
de amor y de juventud,
si, al llegar al ataúd,
podrán tu pecho y el mío
no oír más que el tema frío
de esta canción de mi hermana:
—«CUCÚ, cantaba la rana,
CUCÚ, debajo del río?»

CXXV

LOS PROGRESOS DEL AMOR

I

Así un esposo le escribió á su esposa:
«O vienes ó me voy. ¡Te amo de modo
que es imposible que yo viva, hermosa,
un mes lejos de ti!»

¡Mi amor es tan profundo, tan profundo,
que te prefiero á todo, á todo, á todo!...»
Y ella exclamó:—¡No hay nada en este mundo
que él quiera como á mí!

II

Mas pasan unos meses, y la escribe:
«¡Qué hermoso debe estar nuestro hijo amado!
¡Sólo él, él solo en mis entrañas vive!
Piensa en él más que en ti.
Su cuna se pondrá junto á mi cama.
No hay cielo para mí más que á su lado.»
Y ella prorrumpe:—¡Es que, el ingrato, ya ama
al hijo más que á mí!

III

Después de algunos años le escribía:
«Espérame. Ya sabes lo que quiero:
mucho orden, mucha paz y economía.
¿Estás? Yo soy así.
Cierra el coche: me espanta el reumatismo;
avisale que voy al cocinero.»
Y ella pensó:—¡Se quiere ya á sí mismo
más que al hijo y á mí!

CXXVI

EL ÚLTIMO AMOR

I

Ve un hombre amante á una mujer muy bella;
mas, por fatal disposición del hado,
ella es más joven, y él
calla su amor, porque le apartan de ella
treinta años, en que el triste ha derramado
un mar de llanto y hiel.

II

¿Qué pasa luego? Nada. Que entretanto
que ella un amor inmenso, aunque tardío,
mira en él con piedad,
por la parte de allá del mar de llanto,
—¡Adiós,—dice él,—último sueño mío!
¡Hasta la eternidad!...

CXXVII

VENUS SACRATÍSIMA

Una estatua de Venus Citerea
vió un abad en un huerto abandonado;
la vistió, y con fervor
llevándosela al templo de una aldea,
transformó aquella afrenta del pasado
en virgen del pudor.

¡Grande impiedad! ¡La diosa que en Oriente
se hace adorar porque al desnudo ostenta
su hermosura carnal,
cubierta con un velo en Occidente,
encantando á los fieles, representa
la belleza moral!

¡Hondos misterios de la fe que ignoro!
Se deja Venus contemplar sin velo,
y es ideal lo real.
Mas se cubre después con seda y oro,
y Venus pasa del Olimpo al Cielo,
y es lo real ideal.

CXXVIII

UNA CITA EN EL CIELO

«En la noche del día de mi santo»
(á Londres me escribiste)
«mira la estrella que miramos tanto
la noche en que partiste.»

Pasó la noche de aquel día, y luego
me escribiste exaltada:
«Uní en la estrella á tu mirar de fuego
mi amorosa mirada.»

Mas todo fué ilusión; la noche aquella,
con harta pena mía,
no pude ver nuestra querida estrella...
porque en Londres llovía.

CXXIX

ROSAS Y FRESAS

I

Porque lleno de amor te mandé un día
una rosa entre fresas, Juana mía,
tu boca, con que á todos embelesas,
besó la rosa sin comer las fresas.

II

Al mes de tu pasión, una mañana
te envié otra rosa entre las fresas, Juana;
mas tu boca, con ansia, y no amorosa,
comió las fresas sin besar la rosa.

CXXX

EL GRAN FESTÍN

I

De un junco desprendido, á una corriente
un gusano cayó,
y una trucha, saltando de repente,
voraz se lo tragó.

Un martín-pescador cogió á la trucha
con carnívoro afán,
y al pájaro después, tras fiera lucha,
lo apresó un gavilán.

Vengando esta cruel carnicería,
un diestro cazador
dió un tiro al gavilán, que se comía
al martín-pescador.

Pero ¡ay! al cazador desventurado
que al gavilán hirió,
por cazar sin licencia y en vedado,
un guarda lo mató.

A otros nuevos gusanos dará vida
del muerto la hediondez,
para volver, la rueda concluída,
á empezar otra vez.

II

¿Y el amor? ¿Y la dicha? Los nacidos
¿no han de tener más fin
que el de ser comedores y comidos
del universo en el atroz festín?...

CXXXI

EL BUEN EJEMPLO

Dejó un proyectil perdido,
de una batalla al final,
junto á un asistente herido,
medio muerto á un general.

Mientras grita maldiciente
el general:—¡Voto á briós!—
resignado el asistente
murmuraba:—¡Creo en Dios!—

Callan, volviendo á entablar
este diálogo al morir:

—¿Tú qué haces, Blas?—¿Yo? Rezar.

¿Y vos, señor?—¡Maldecir!

¿Quién te enseñó á orar?—Mi madre.

—¡La mujer todo es piedad!

—¿Y á vos á jurar?—Mi padre.

—Claro: siendo hombre...—Es verdad.

—Rezad, señor, como yo.

—Eso es tarde para mí.

Yo no creo... porque no.

Tú ¿por qué crees?—Porque sí.

—Ya hay buitres en derredor

que nos quieren devorar.

—¡Son los ángeles, señor,

que nos vienen á salvar!—

Y ambos decían verdad,

pues á menudo se ve

que halla buitres la impiedad

donde halla ángeles la fe.

—¡Adiós, señor!—¿Dónde vas?

—Voy allí...—¿Dónde es allí?

—A la gloria...—¿Y dejas, Blas,

á tu general aquí?

No me dejes, mal amigo.

—Pues venga esa mano...—Ten;

y, aunque dudé, iré contigo,

creyendo en tu Dios también.—

Y así, cuando ya tenían

una misma fe los dos,

abrazados repetían
el «¡Creo en Dios!» «¡Creo en Dios!»
Y, como era ya un creyente,
pasó lo que es natural;
que, abrazado á su asistente,
subió al cielo el general.

CXXXII

LA LEY DEL HAMBRE

Corre la madre al motín,
adonde el rencor la llama,
dejando un niño en la cama,
bello como un serafín;
niño que al ver junto al lecho
de una Virgen el retrato
que da alegre y sin recato
á un niño Jesús el pecho,
con hambriento frenesí
ansioso á la Virgen toca
en los pechos y en la boca,
como diciendo: «¡A mí, á mí!»
Pero, aunque con vivo anhelo
el niño el pecho pedía,
la Virgen se sonreía
más impasible que el cielo.
Y mientras la madre hiere
gritando: «¡Muera el tirano!»
y hambrienta y puñal en mano
lucha y lucha, y mata y muere,
el niño, exánime y yerto,
hunde el dedo en el papel,
gime airado, tira de él,
rasga el cuadro y cae muerto.
¡Así, venciendo á los dos
del hambre la dura ley,
ella, inicua, mata al rey,
y él, impío, rasga á Dios.

CXXXIII

LO QUE ES EL OLIMPO

¿Qué es el Olimpo?—Para el niño, un juego
de pájaros, de músicas y flores.—
¿Qué es para el joven?—Lupantar de amores,
eterna forma del Elíseo griego.—

¿Qué es para el hombre?—Para el hombre ciego
es un templo de glorias y de honores;
y el viejo se lo finge en sus dolores
como un rincón de paz y de sosiego.—
Y el viejo ya senil ¿en qué convierte
del Olimpo la espléndida morada?—
En un *no ser* que es menos que la muerte.
¡Así la infancia y la vejez helada
van cambiando el Olimpo de esta suerte
en *flores*, en *amor*, en *paz*, en *nada*!

CXXXIV

LOS TRES GUARDAPELOS

I

La madre de mi amor, que está en el cielo,
cuando era niño aún, como un tesoro
llevaba en un hermoso guardapelo
cabellos míos del color del oro.

II

Otra mujer, que con el alma toda
me quiere, tan leal como hechicera,
aun guarda desde el día de mi boda
un rizo de mi oscura cabellera.

III

¡Ay! ¡Como nadie, por horror al frío,
quiere hoy tocar de mi cabeza el hielo,
ya sólo para ti, cabello mío,
mi sepulcro será tu guardapelo!

CXXXV

VIAJE REDONDO

I

Á LA IDA

Parte el buque, y lo bate inútilmente
la tempestad. ¿Por qué?
Porque, al ir, la tormenta es impotente
contra el genio y la fe.

Sobre el buque los pájaros cayeron
cansados de sufrir.
Los hombres, sin piedad, se los comieron;
salió el sol, y ¡a vivir!

¡Qué hermoso es el principio de la vida!
¡sentir, creer, triunfar!
¡Un viaje, en buque nuevo, es á la ida
un festín sobre el mar!

II

Á LA VUELTA

Nada, á la vuelta, á resistir alcanza
los ímpetus del mar.
¡Sin juventud, sin fe, sin esperanza,
es inútil luchar!

De pedazos del buque haciendo naves,
y ansiando otro festín,
en cómoda actitud vieron las aves
el naufragio hasta el fin.

Y haciendo ellas después lo que antes vieron,
con un hambre voraz
las aves á los hombres se comieron...
y ¡todo quedó en paz!

CXXXVI

CABALLOS Y CABALLEROS

I

Cercado un francés quedó;
pero, escapando ligero
el caballo, al caballero
de los prusianos salvó.
De éstos el corcel huyó
con tanto ardor y constancia,
que el francés con arrogancia,
después que pasó el rastrillo,
desde su propio castillo
libre gritó:—¡Viva Francia!

II

Sitiado por hambre, y fiero
destrozándolo á sablazos,
se fué comiendo á pedazos
al caballo el caballero.
—¿Al que lo salvó primero
le pudo matar después?—
¡Sí! ¡por un vil interés
hacen mil gentes que callo
lo que hizo con su caballo
el caballero francés!

CXXXVII

LA INSURRECCIÓN DEL AGUA

Una fuente de un valle en Santa Elena
ve correr Napoleón,
cierto día de invierno en que la pena
le atrofia el corazón.

—Como yo—murmuró—que impenitente
caeré en el ataúd,
aspirando á ser mar vive esta fuente
en perpetua inquietud.—

Y una pobre aguadora que le oía,
contestó á Napoleón:
—El agua, con su eterna rebeldía,
huye de la opresión.

¿Cómo, señor, el agua de las fuentes
tranquila podrá estar,
si la arrastran, en tierra, las pendientes,
los vientos en el mar?—

Sintiendo un frío que le llega al alma,
dice el héroe:—Es verdad:
buscando el agua en su nivel la calma
busca la libertad.

La insurrección del agua de esta fuente
no se podrá calmar
hasta que halle cabida suficiente
en la extensión del mar.

Con los diques que alzó mi tiranía
he faltado al deber,
y trajo, en vez del orden, la anarquía
mi omnímodo poder.

¡Sí! ¡sí! Pese á mi nombre, no es la historia
una vieja locuaz,
cuando dice que el mundo, antes que gloria,
pide á los dioses paz.—

Y terminó diciendo:—En el planeta
la loca humanidad,
como esa agua que corre, estará quieta
cuando esté en libertad.—

¡Y al pensar que ha llevado el desconcierto
al mundo su poder,
con la cara más lívida que un muerto
mira el agua correr!

CXXXVIII

LA FE DE LAS MUJERES

Cierto monte por su altura
no dejaba ver el mar
desde la casa del cura
de un lugar.

Para ampliar el horizonte,
con un cuento baladí
transportó el cura aquel monte.
—¿Cómo?—Así:

«A las que una piedra—dijo—
lleven de aquel monte, Dios
les dará, á algunas, un hijo,
y, á otras, dos.»

Hubo mujer diligente
que se llevó de una vez,
no una piedra solamente,
sino diez.

Con fe, rubias y morenas
fueron al monte á buscar
más hijos-piedras que arenas
tiene el mar.

Despojando grano á grano
las niñas el monte aquel,
lo pusieron como el llano
á un nivel.

Perdió así el monte su altura,
y al fin vino á resultar
que desde casa del cura
se vió el mar.

¡Como cree con las entrañas
toda mujer, cuando cree,
transporta hasta las montañas
con la fe!

CXXXIX

EL SOL PERDIDO

I

Un sabio, á cuya hija fué la muerte
de la cuna á arrancar,
como sabio, á la madre de esta suerte
la quiere consolar:

—¡Oh, qué inmenso dolor! ¡Esas estrellas
que ves resplandecer,
circundaban á un sol más grande que ellas
que se ha apagado ayer!

¡Cuántos hijos y padres sin consuelo
habrán muerto quizás
en ese sol que se perdió en el cielo
para siempre jamás!

II

Mirando con desprecio al firmamento
mientras el padre habló,
—¿Qué le importa tu ciencia al sentimiento?—
la madre replicó.—

Si hoy falta en el espacio de una estrella
el pálido arrebol,
la cuna de tu hija está sin ella
como el cielo sin sol.

No hay locura mayor que la locura
de querer comparar
un sol con aquel ser cuya hermosura
al cielo fué á alegrar.

¡Ha muerto un sol; mas de la niña bella
al invencible imán,
en el espacio azul, al paso de ella,
mil soles brotarán!

¡Ay! ¡Desde el día en que sus labios fríos
quedaron sin color,
no habrá sol que á los tuyos ni á los míos
les devuelva el calor!

¡Ya esta cuna vacía nos condena
á eterna soledad...—
Y el sabio murmuró con honda pena:
—¡Es verdad! ¡Es verdad!—

III

¡E implorando los padres sin fortuna
la clemencia de Dios,
se abrazaron, cayendo ante la cuna
de rodillas los dos!

CXL

LA COPA DEL REY DE THULÉ

—¿Me quieres?—le preguntó
un galán á una doncella.
El era muy pobre, y ella
le contestó airada:—¡No!—
Quedó él lleno de pesar
sobre una roca sentado,
y al verse tan despreciado
se echó de cabeza al mar.

Llegó al fondo y, al morir,
tentando un cáliz, lo asió,
pensó en Dios... nadó... subió
y dijo:—¡Quiero vivir!—
Cuando hizo á la orilla pie,
vió el cáliz de oro, en que había
un letrero que decía:
Copa del rey de Thulé.

Sobre la roca después
se hablaron él y ella así:
—Soy rico, ¿me quieres?—Sí.
—Dame un beso...—Y dos y tres...—
Mas cuando le fué á besar,
viendo él la codicia de ella,
rechazando á la doncella,
la echó de cabeza al mar.

CXLI

¡SI UNA PUDIERA HABLAR!

¿Te acuerdas, madre mía? Apasionada
le iba á hablar de amor,
cuando ahogaste mi voz con tu mirada
en nombre del pudor.

Alcé los ojos apelando al cielo...
me volviste á mirar,
y, obediente otra vez, mordí el pañuelo
para poder callar.

Te escribo, protestando, madre mía,
que en pláticas de amor,
si es muy malo pecar, la hipocresía
es mil veces peor.

¡El dolo y la mentira son las cosas
que convirtiendo van
la sangre femenil, de agua de rosas
en lava de volcán!

Nunca encauza á la fuerza el albedrío,
como el cielo no dé
gran temple á la razón, gran lecho al río,
y al corazón gran fe.

Aunque es, con un amor incontrastable,
imposible luchar,
aun sería la vida soportable
¡si una pudiera hablar!

Y en vano es resistir: cuando se adora,
á pesar del pudor
nace, brilla, se extiende y nos devora
la llama del amor.

¡Callar y sucumbir! ¡Cuántas mujeres,
sintiéndose abrasar,
cumpliendo lo que llaman sus deberes,
se mueren por no hablar!

Gangrenando el fastidio hasta sus huesos,
¿qué fué de él? Que cual yo,
con la fiebre del hambre de dar besos,
sufrió mucho, y murió.

Y yo muero también; con él unida
gozaré la embriaguez
de un amor que callé toda mi vida
por no hablar una vez.

¿Quién no anhela morir con la experiencia
de que, si es bueno amar,
un martirio sin gloria es la existencia
por no poder hablar?

He visto otras hermosas criaturas,
pero, á su imagen fiel,
en lo hondo de sus ojos no hallé honduras
como en los ojos de él.

Aun quema la raíz de mi cabello
su imagen celestial,
y le llevo, al morir, colgado al cuello
lo mismo que un dogal.

¡Adiós! Como una tromba de alegría
voy de su amor en pos...
Espejo de mi alma, madre mía,
¡adiós! ¡adiós! ¡adiós!

CXLII

LA SANTA REALIDAD

¡Inés! tú no comprendes todavía
el ser de muchas cosas.
¿Cómo quieres tener en tu alquería,
si matas los gusanos, mariposas?

Cultivando lechugas Diocleciano,
ya decía en Salerno
que no halla mariposas en verano
el que mata gusanos en invierno.

¿Por qué hacer á lo real tan cruda guerra,
cuando dan sin medida
almas al cielo y flores á la tierra
las santas impurezas de la vida?

Mientras ven con desprecio tus miradas
las larvas de un pantano,
el que es sabio, sus perlas más preciadas
pesca en el mar del lodazal humano.

Tu amor á lo ideal jamás tolera
los insectos, por viles.
¡Qué error! ¡Sería estéril, si no fuera
el mundo un hervidero de reptiles!

El despreciar lo real por lo soñado,
es una gran quimera;
en toda evolución de lo creado
la materia al bajar sube á su esfera.

Por gracia de las leyes naturales
se elevan hasta el cielo
cuando logran tener los ideales
la dicha de arrastrarse por el suelo.

Tú dejarás las larvas en sus nidos
cuando llegue ese día
en que venga á abrasarte los sentidos
el demonio del sol de mediodía.

Vale poco lo real, pero no creas
que vale más tampoco
el hombre que, aferrado á las ideas,
estudia para sabio y llega á loco.

Tú adorarás lo real cuando, instruída
en el ser de las cosas,
acabes por saber que en esta vida
no puede haber, sin larvas, mariposas.

¡Piensa que Dios, con su divina mano,
bendijo lo sensible,
el día que, encarnándose en lo humano,
lo visible amasó con lo invisible!